

I

A ti, conquistador  
—habló el guaycura—,  
que tienes la piel blanca,  
el alma dura,  
una llama de sol en la rizada barba  
y en la mirada  
el odio y la ambición;  
a ti, conquistador,  
yo te ofrezco la tierra.

Quédate aquí, pues has venido.  
Si en la persecución de una ilusión  
el viento te ha traído,  
no hubo escala mejor para tu nave  
que el de mi tierra de ilusión.  
¡Quédate aquí conquistador,  
y dale un nombre!  
Un nombre legendario, como el mito  
que antes que tu la hallara.  
Es la tierra del sol y del desierto,  
de la ternura y el amor.  
Quédate aquí, conquistador,  
que toda es tuya.

Tuya es la costa mágica  
de perlas y de arena,  
los bosques de cardones,  
la sierra que se eleva  
para mirar el mar,  
las fuentes que recortan esmeraldas  
sobre la tierra seca,  
los valles donde el sol  
duerme la siesta,  
las islas de misterios y de peces  
y las vetas;  
estas vetas fundidas por el diablo  
con el fuelle de Dios.  
Tuyo todo es, conquistador  
pues has venido  
Las mil generaciones de mis padres  
te esperaban  
en las noches sin fin  
y sin estrellas,  
y es tan solo por ello  
que en nombre de mi pueblo,  
hoy te ofrezco la tierra  
El guaycura cayó.  
Y Cortés,  
que escuchaba,  
una mirada vaga dedicó a la tierra.  
Los ojos entornó y abrazó de un vistazo  
al indio  
al mar  
y al infinito  
Con los labios reseco por la angustia  
de la tierra sedienta  
al indio respondió:  
Nombre si te daré; no mi presencia.  
Tu tierra un nuevo galardón  
será para mi gloria  
La llamo California,  
la del mito,  
para ligar así con mi leyenda.  
Mas no puedo quedarme.  
Mi pasión y mi espada  
mi arcabuz y mi alma  
hanse quedado al sur,  
con la Malintzin y con Guatimoc.  
Aquí no soy conquistador,  
soy el descubridor. . .

y el conquistado  
Levo anclas otra vez,  
regreso al pueblo  
con cuya sangre  
decoré mi escudo.  
Mi espíritu es guerrero. . .  
y esta es tierra de paz,  
indio,  
¡tu tierra!

II

Hombre que marchas con la cruz  
—pidió el guaycura—,  
monje de la sotana,  
misionero,  
apóstol,  
peregrino de Dios;  
detente y salta el mar.  
Te necesito  
Hace un millón de lunas  
que abandonado estoy  
perdido en los caminos  
que siguiera la raza.  
Mis hermanos de ayer llegaron  
a la tierra prometida  
arrastrados por Tláloc  
y por Quetzalcoatl.  
Yo solo estoy aquí,  
solo sin Dios,  
sin esperanza,  
sin sino y sin fortuna.  
Huitzilopochtli  
( el de ellos )  
me negó la enseñanza de la guerra;  
Chac me ocultó la lluvia,  
no hubo dios de las mieses  
ni una Xochitl de vino.  
Pero la tierra es buena,  
es noble,  
es tierna  
Te espera y nos espera.  
Sólo nos faltan guías  
y una pizca de fé.  
Hombre de la sotana  
¡salta la mar y ven!  
Peregrino de Dios  
¡te necesito!  
El monje de la cruz oyó el llamado  
y vino  
Habló al indio de cerca,  
cara a cara.  
Por tu esperanza,  
hijo de aborígen —dijo—  
por tu amor a la tierra,  
indio extraviado,  
yo te daré la fe  
la voluntad  
la facultad de crear  
y el anhelo de ser.  
Ocuparé tus brazos  
y tu espíritu  
te llevaré conmigo  
por playas y por tierras;  
dejaremos jalones  
en la tierra desierta  
y plantaremos juntos  
el ejemplo  
Habrá sombra  
de Dios en las misiones  
(asilos en la tierra calcinada)  
sangre nueva en el fruto de las vides,

carne dulce de trigo,  
miel de dátil  
y de aroma de jardines,  
Te dejaré una herencia,  
crearé tu tradición y otra leyenda;  
de tierra generosa y misteriosa,  
Ven conmigo, guaycura,  
por un tiempo  
Te dejaré después,  
cuando tengas la fé y no extrañes  
ni dioses  
ni tutelas.

### III

En este amanecer habló la tierra misma.  
Ya no hay guaycura que tome la palabra.  
(pues murió en la espera)  
La raza se ha perdido creando la nueva raza  
y de indio y misionero sólo quedan recuerdos.  
Se han fundido los cuerpos  
y el anhelo guaycura fué mezclado  
a la ambición del blanco.  
En el hombre moreno,  
fustigado por guerras y tragedias,  
quedó fija la idea  
de aprovechar la entraña,  
de perforar la roca,  
de engalanar los valles,  
de encadenar los ríos  
y levantar la vida.  
¡Mas faltaba la fuerza!  
Por ello habló la tierra.

Y dijo:  
Yo sufro, hombre de México.  
Sufro del abandono y la pobreza,  
de un triste óvido secular,  
de estar tan sola y lejos.  
Hace mucho llegó el conquistador  
y más tarde la fé  
Uno me legó el nombre  
y el hombre de la cruz la tradición. . .  
mas luego solitaria me dejaron.  
Quedó el color del indio  
en la piel de los blancos.  
Nació el moreno de mi tierra;  
tu hermano en las angustias de la Patria.  
¡Mis hijos son los mismos, mexicano,  
y mi rugosa superficie  
un trozo de tu mapa!  
¿Porqué olvidada estoy?  
¿Porqué tan sola?  
Basta ya de dolor y vana espera!  
¡Quiero también la fuerza!  
¡Quiero hacer realidad de mi promesa!  
Quiero luchar contigo  
brazo a brazo. . .  
Dame una mano, hermano,  
hombre de México.  
Es tu mano en mi mano la que quiero,  
un poco de tu fuerza  
y una gota de sangre  
que me mate la anemia  
Aquí está la belleza  
y la luz.

Tus ojos beberán paisaje tierno.  
Aquí tienes mi piel pródiga y rica  
esperando los granos;  
aquí tienes el agua de mis venas,  
mi estructura de plata, cobre y oro;  
mis perlas legendarias,  
mi entereza y mi fe;  
mi mar de nácar con sus peces  
y la repetición eterna del milagro  
en la cena de Dios  
y la del pueblo.  
Compartiré contigo mis oasis,  
la tierra perfumada del sur,  
la llanura infinita  
del algodón y el trigo,  
los puertos de promesa  
los huertos de la fruta;  
y si después quieres la paz. . .  
yo te la ofrezco en la asoleada Paz  
de la bahía.  
Oyóla el hombre  
(el hijo de la Patria)  
Acercóse a la playa  
(a la otra playa);  
distendió los pulmones  
para abrazar de un grito los espacios  
y respondió:

Tierra larga y lejana,  
te he escuchado.  
Ante tu angustia lloro mi ogoisnio  
por no haberte sentido;  
rompo mi llanto  
por no haber concido  
que la Patria es solo una  
y tu cuerpo un pedazo de mi mapa.  
Di a tus hijos  
¡oh tierra legendaria y olvidada!  
que mis hermanos son  
y estoy con ellos  
Iré hacia ti por siempre  
y no por ambición.  
Ni soy conquistador ni conquistado.  
¡Soy tu hermano, repito!  
Soy tan solo la fuerza necesaria,  
el apoyo que añoras  
los brazos que me pides  
el amor que te falta.  
¡Di a tus hijos oh, tierra,  
que mañana es la cita!  
Que mañana es la cita  
para cruzar de surcos  
tu perfumada piel,  
para beber el agua en las legumbres  
y salpicar de copos la llanura.  
Que mañana es la cita  
para hacer realidad de tu esperanza  
y trocar tu tristeza  
en alegría.  
Que mañana es la cita. . .  
¡y que mañana es hoy,  
tierra promesa!

FERNANDO JORDAN.

(1920 - 1956)